Capitalism and climate change. Theoretical discussion historical development and policy responses,
Ugo Bardi 203
Carlos Jesús Fernández Rodríguez

The precariat: the new dangerous class, Guy Standing 206
Aurora Fogues

El proyecto local. Hacia una conciencia del lugar,
Alberto Magnaghi 208
José Luis Fernández Casadevante

Planeta indignado. Ocupando el futuro,
Josep María Antentas y Esther Vivas
¡Ocupemos el mundo! Occupy the world!,
Joseba Fernández, Carlos Sevilla y Miguel Urbán (eds.) 211
Olga Abasolo

Libros

CAPITALISM AND CLIMATE CHANGE. THEORETICAL DISCUSSION, HISTORICAL DEVELOPMENT AND POLICY RESPONSES

Max Koch
Palgrave MacMillan
Basingstoke, 2011
220 págs.

Una de las grandes preocupaciones contemporáneas es, sin lugar a dudas, el grave fenómeno del cambio climático. El origen antropogénico del mismo goza de un consenso casi total entre las autoridades científicas, pese a los esfuerzos de *lobbies* "neocon", industrias contaminantes e incluso un primo del presidente del Gobierno de España por minimizar su importancia. En el texto reseñado aquí, el profesor alemán de relaciones industriales Max Koch va a realizar un análisis de este gran desafío para la humanidad desde una perspectiva original, estableciendo una homología entre diferentes fases o períodos del desarrollo del capitalismo y su relación con el respeto al medio ambiente. Su objetivo es el de señalar las evidentes relaciones entre ambos y enfatizar los riesgos que la destrucción de nuestro entorno va a tener sobre nuestras vidas en un futuro próximo.

El libro está dividido en cuatro secciones. La primera de ellas se centra en el desarrollo del capitalismo y su regulación de la sociedad y del trabajo. Koch señala que desde el giro neoclásico en la teoría económica, la naturaleza quedó marginada de los análisis de la mayoría de los economistas, asumiéndose como un recurso infinito y con rendimientos constantes. No es que no hayan existido teorías que no hayan incorporado la variable *medio ambiente* a la explicación del desarrollo económico; sin embargo, el autor alemán considera que sus aportaciones son insuficientes para dar cuenta de las relaciones entre las esferas de la producción, el consumo y las relaciones sociales asociadas. En ese sentido, reivindicará la obra de autores como Marx o James O'Connor para señalar una subordinación fundamental: la de los objetivos ecológicos de sostenibilidad al desarrollo del proceso de acumulación capitalista. La competencia capitalista implica una permanente necesidad de reducir los costes y aumentar la productividad, que se va a hacer no sólo a costa de las condiciones de trabajo sino también del ecosistema, provocando una tensión estructural entre una circulación de capital sin límites y una energía fósil que desaparece para siempre una vez utilizada. Dicha tensión entre el ciclo del capital (circular, reversible, ilimitado) y el del ecosistema (estable, irreversible, limitado) llega hasta la paradoja de que el capitalismo termina por destruir su propio entorno de reproducción social y ecológica.

Koch aclara, no obstante, que no todos los modelos de capitalismo existentes mantienen una misma relación con el medio ambiente, pues se encuentran vinculados a estrategias de producción y regulación diferenciadas. Esto implica que, en determinados contextos institucionales, existan restricciones al abuso de los recursos medioambientales: no es lo mismo la política medioambiental en Suecia que en EE UU. Existen además disputas evidentes entre distintos sectores capitalistas, cuyos intereses respecto a determinadas cuestiones ecológicas pueden ser enormemente discrepantes. Por ello, Koch sugiere la necesidad de analizar la relación entre capitalismo y medio ambiente desde la perspectiva teórica de la teoría de la regulación, cuyo punto de partida es que en la acumulación de capital van a influir elementos culturales, políticos, sociales e institucionales. El plano del consumo cobra gran relevancia en estos análisis, pues la relación entre este y la ecología es evidente, así como la importancia de factores como la desigualdad de ingresos, estrategias de ventas, o la distribución de los productos y sus costes asociados. Las diferentes estrategias capitalistas serán así no un simple ejercicio de dominación de clase, sino el resultado de ciertos compromisos que desembocan en la consolidación de una hegemonía

(en el sentido gramsciano del término) que proporciona un marco de socialización de las prácticas. De este modo, dependiendo de cada modelo de capitalismo, variará lo que se entiende socialmente por naturaleza, lo que es relevante en términos ambientales o qué nivel de conciencia y preocupación existe en relación al fenómeno del cambio climático. Koch considera que es fundamental analizar tales modelos de capitalismo con el fin de entender mejor la crisis ecológica global, y por ello dedica las dos siguientes secciones del libro a analizar los regímenes de acumulación más relevantes en las últimas siete décadas: el fordismo y el denominado «capitalismo impulsado por las finanzas».

De este modo, la segunda sección del libro se va a centrar en explicar, con rigor y detalle, las características del régimen fordista de acumulación, vigente en el mundo occidental desde el final de la segunda guerra mundial hasta la década de los setenta y sobre el que se desarrolló por primera vez una norma de consumo de masas. El impulso del New Deal y el Plan Marshall contribuyeron a la consolidación de un fordismo atlántico caracterizado por un crecimiento muy dinámico, liderado por las exportaciones norteamericanas y sostenido por una arquitectura institucional internacional muy estable (FMI, Banco Mundial). Koch describe con detalle los modos de socialización y la norma de consumo del sistema, que integra a la clase obrera en los ciclos de producción y consumo mediante políticas de redistribución de la renta, contribuyendo así al aumento del nivel de vida, la movilidad social y favoreciendo una regulación estatal del bienestar; sin embargo, esta integración erosionará paulatinamente la conciencia de clase que había impulsado a luchar por los derechos, generando el ascenso de un nuevo individualismo y consumismo. Koch también hace referencia a otras versiones del fordismo tanto en regiones periféricas como en la propia URSS, argumentando que el sistema fue, pese a sus limitaciones, relativamente exitoso en el período 1950-1973.

No obstante, el autor pone el foco en un elemento central y negativo en el régimen fordista, y es su excesiva dependencia de las energías fósiles, pues coincide con una transición desde energías bióticas a fósiles (carbón, petróleo) que genera un importante número de emisiones de carbono y otros problemas medioambientales. De hecho Koch afirma que el fordismo no contaminó más porque mientras que EE UU y otros países europeos se sumaban a un consumo energético cada vez mayor, el resto del planeta mantenía otros estilos de vida más modestos. La URSS y el resto de países bajo el socialismo real copiaron una versión burocrática del fordismo con nula sensibilidad ecológica. Esta dependencia energética no se vio alterada ni siquiera por los shocks del Petróleo, aunque estos últimos desencadenaron la crisis del sistema fordista de acumulación, dando paso a un nuevo régimen: el «capitalismo impulsado por las finanzas».

A este régimen de acumulación es al que se va a dedicar la tercera sección del libro, en la que Koch describe en detalle los motivos de la crisis del sistema fordista (caída de la productividad, saturación de los mercados, crisis fiscal, globalización, protestas sociales) y el ascenso del neoliberalismo (haciendo hincapié en que el primer país que aplica políticas neoliberales de shock, monitorizadas desde EE UU, es la dictadura chilena de Augusto Pinochet), el cual impulsará políticas económicas basadas en la liberalización de los mercados, la caída de los salarios y la financiarización de las inversiones. Este cambio va a suponer una recomposición de la división internacional del trabajo, con una expansión de la inversión hacia otras zonas del planeta, y con la adopción en otras regiones del mundo de ese modelo chileno que combinaba libertad económica con autoritarismo político (China particularmente). Koch recupera a David Harvey para describir el proceso neoliberal con la analogía del «cercamiento de lo común» (*enclosing the commons*), metáfora que nos retrotrae a los orígenes de la acumulación capitalista a partir del paso de las tierras comunes

de las comunidades a manos privadas, pues estamos asistiendo a un nuevo proceso de desposesión de los débiles. Acompañando a estas políticas, se desarrolla una nueva norma de consumo basada en el endeudamiento privado, única estrategia que puede permitir el crecimiento del consumo compensando el descenso de los salarios reales. Ello provocará dos efectos nefastos, como por desgracia sabemos bien: por una parte, la generación de una burbuja inmobiliaria en numerosos países cuya explosión en forma de crisis ha supuesto el desastre económico actual; a la vez, la expansión del patrón de consumo occidental, que supone como es evidente una globalización del régimen de energías fósiles, con el consiguiente y alarmante aumento de emisiones de CO_2 (al experimentar países como China, la India o Brasil un enorme crecimiento económico). Pese al intento de disociar crecimiento de contaminación a través de un uso más eficiente de la energía y la utilización de energías limpias, los esfuerzos hasta la fecha no han arrojado los resultados esperados: de hecho, más eficiencia ha implicado, con frecuencia, una mayor demanda de energía, a excepción de algunos Estados que de todos modos cuentan con poca población (los países nórdicos, Portugal y Cuba).

La cuarta sección del libro está consagrada a un análisis de la regulación internacional del cambio climático y a cómo la "comodificación" de la atmósfera ha sido la estrategia fundamental para dicha regulación. El eje del argumento de Koch es que la gestión del ecosistema está fuertemente influida por el régimen de acumulación de capital existente en cada Estado, lo que ha generado una situación muy compleja caracterizada por una gobernanza multinacional frágil. Debido a ello, las grandes cumbres del clima (Ginebra, Río de Janeiro, Copenhague) se han caracterizado, en general, por plantear reducciones poco ambiciosas, beneficiando casi siempre a los países más ricos, debido en buena medida a la divergencia de intereses existente. De este modo, hay una gran tensión entre los diferentes Estados relacionada con los diversos grados de progreso económico (con el "derecho al desarrollo" como *leitmotiv* de los argumentos más obstruccionistas), la influencia de los *lobbies* (tanto de multinacionales como de grupos como la OPEP) y la existencia de ciertas exclusiones (muchas ONG no pueden participar en el proceso). En este escenario, Koch afirma que el neoliberalismo vigente ha influido de forma muy notable: así, frente a la posibilidad de una regulación directa de carácter legislativo o soluciones de carácter impositivo ante el problema de la polución, se han aplicado sin dilación soluciones inspiradas en un mercado autorregulado, como por ejemplo el actual de emisiones de carbono (el régimen vigente en la UE es un ejemplo perfecto) donde se comercializan certificados de emisión. El autor es muy crítico con este enfoque, enumerando los numerosos fallos de mercado que esta forma de "gestionar" los problemas medioambientales provocan: exceso de certificados emitidos, volatilidad en los precios del CO_2, dificultades metodológicas, continuidad en la dependencia de energías fósiles, y un largo etcétera. El resultado es que se han generado operaciones especulativas con dichos certificados, lo que ayuda poco a combatir el cambio climático: si en algo ha descendido el consumo de energía en estos últimos años, es por la crisis económica.

En resumen, se puede establecer una homología entre los métodos de gobernanza del cambio climático y las características del "capitalismo impulsado por las finanzas", pues ambos terminan conduciendo hacia la especulación y la irracionalidad. Las conclusiones del libro son bastante pesimistas. Koch considera que la reacción ante el cambio climático está siendo excesivamente lenta, lo que está conduciéndonos de forma inexorable a una crisis ecológica que se va a sumar a la económica-financiera; advierte que una posible reacción sea quizá la de la reaparición del autoritarismo de inspiración fascista, que plantee como única política "medioambiental" el cierre de fronteras ante las víctimas del cambio climático. Escenario oscuro que, por desgracia, no se

puede descartar viendo el discurrir de la política internacional en las últimas dos décadas.

Como el lector ha podido adivinar, estamos ante un trabajo de extraordinario interés en el que, de manera rigurosa pero clara, se nos expone la relación existente entre los diferentes modos de regulación capitalista y la forma de enfrentar los problemas del medio ambiente. Las secciones centrales dedicadas al fordismo y al nuevo «capitalismo impulsado por las finanzas» (¿por qué no llamarlo simplemente postfordista?) son desde luego excelentes como tratado de relaciones industriales, aportando además una perspectiva interesante como es la de visibilizar la relación de estos regímenes de acumulación con las energías fósiles (territorio explorado también por los brillantes trabajos de Timothy Mitchell). Mientras, la última parte del libro dedicada al análisis de la regulación interestatal del cambio climático muestra, de forma clarividente, cómo la influencia del giro neoconservador está provocando extraordinarias disfunciones en la lucha contra un fenómeno en el que la humanidad se juega realmente su supervivencia. Por desgracia, el contexto actual nos muestra que el camino hacia la autodestrucción (de las economías, de los Estados del Bienestar, de las libertades) parece una pulsión más que arraigada en este mundo colonizado por la financiarización, por lo que no se puede descartar en absoluto que el pesimismo manifestado por Koch en este magnífico trabajo no sea un anticipo de los acontecimientos por venir.

Carlos Jesús Fernández Rodríguez
Profesor de sociología de la Universidad Autónoma de Madrid

THE PRECARIAT: THE NEW DANGEROUS CLASS

Guy Standing
Bloomsbury
Londres, 2011
198 págs.

Guy Standing, sociólogo británico y catedrático de Seguridad Económica en la Universidad de Bath, Reino Unido, combina en este libro dos de sus campos: el de la sociología y el de la economía. Con esta obra, que precede a *Work after Globalization: Building Occupational Citizinshep*, Standing se posiciona como uno de los autores de lectura obligada para todos aquellos interesados en indagar en la relación entre el modelo económico y las configuraciones sociales.

El titulo de este nuevo libro es a día de hoy objeto de polémica y debates en casi todas las redes sociales y académicas. Polémica que el autor, a mi entender, busca implícitamente al dotar a la obra de un título calificativo. *El precariado: la nueva clase peligrosa*, presenta los dos argumentos del autor. El primero, que el precariado es una nueva clase social que no forma parte de la clase obrera ni del proletariado clásico. Y el segundo, que no se debe ignorar el peligro inherente a la misma.

Probablemente, quien aún no se haya adentrado en la lectura del libro se preguntará, ¿cómo osa afirmar que ser precario constituye una nueva clase social? Y, lo más importante, ¿qué aporta de nuevo que no esté implícito en la definición de clase obrera? Consciente de esto, Standing dedica el primer capítulo a definir el precariado a partir de la combinación de dos términos: precario y asalariado.

Partiendo de una división económica de la sociedad y en relación a las dos variables clásicas de clase y estatus, Standing define la sociedad en cinco niveles. *La élite*, formada por el 1% de ciudadanos que controlan e influyen en los acontecimientos en el ámbito global; *los*

asalariados, representados por cuerpos como el funcionariado, es decir, personas con trabajo a tiempo completo y estable; *los "proficians",* que representan a los profesionales y a los técnicos, es decir, autónomos, trabajadores con contratos por obras, consultores y otros que dependen de la demanda de sus servicios. Por debajo de los "proficians" sitúa a la *clase obrera,* integrada por trabajadores sin propiedad sobre los medios de producción pero con un sentimiento compartido de comunidad e identidad laboral. Y por último al final de esta lista, *el precariado*. El precariado se caracteriza por carecer de seguridad. Desconoce su despido llegará al día siguiente o no, o si recibirá la paga a final de mes, o si llegará a recibir determinadas ayudas, o si podrá conseguir un empleo. Estas incertidumbres merman cualquier tipo de vínculo con el trabajo y con su comunidad, lo que Standing utiliza para justificar el escaso sindicalismo en sociedades con una fuerte tradición como España o Italia. Los escritos de Hannah Arendt le sirven para abordar la definición del precariado como integrado por personas que, debido a la inestabilidad de las condiciones socioeconómicas, no pueden perfilar sus perspectivas de futuro.

Las posturas que se instalan en el «mañana ya veremos» y «yo miro por mí» impiden la empatía y la solidaridad hacia el prójimo y convierten al precariado en un conjunto de individuos individualistas, cabreados y, en definitiva, peligrosos por su fácil acercamiento a grupos de pensamiento único y excluyente. En un intento por romper el cliché del precariado como integrado por jóvenes que trabajan en *calling centres* y los fines de semana se ponen el chándal y las botas militares para ir a las discotecas, el autor dedica los capítulos tercero y cuarto a estadísticas y narrativas de mujeres, jóvenes, mayores, inmigrantes, reclusos y personas "etiquetadas" bajo algún tipo de condición. Recurre a un enfoque internacional e incluye los casos de Japón, EE UU, España y Reino Unido, entre otros, con el objetivo de que el lector se conciencie de cómo cada política neoliberal es un paso de todos y cada uno de nosotros hacia esa inseguridad que caracteriza a la clase en ciernes que es el precariado. En definitiva, el precariado aunque aún no es una clase en sí misma, como diría Marx, es una clase que se va construyendo a sí misma a través de las negaciones. Se construye con los no-trabajos, las no-viviendas, los no-estudios, la no-movilidad, las no-zonas verdes, las no-promociones, las no-ayudas, la no-transparencia, y en definitiva, la no-capacidad de transformar aquello que desagrada.

A lo largo del libro, el autor afirma reiteradamente que el precariado no es un grupo homogéneo ni tampoco un grupo a cuya pertenencia uno se ve abocado, por lo que habría que evitar tildarlo de desafortunado. Los nómadas urbanos o los mochileros son los ejemplos que Standing aporta como precariado voluntario. Precarios porque son oportunistas (toman lo que les dan), transforman el trabajo como algo puramente instrumental (solo para vivir), y no establecen lazos en ningún sitio (movilidad voluntaria). Sin embargo, dichos ejemplos no son a mí entender suficientes para desmentir la idea del precariado ni como grupo ni mucho menos de voluntario. A su vez, la idea de que el precariado no es un grupo homogéneo se contradice por las sucesivas definiciones que Standing realiza para definir a una persona como parte de esta clase en ciernes. Dicho afán, que al principio se agradece, acaba por complicar la lectura. Por ejemplo, las cuatro *Aes* (p. 20): ansiedad, rabia, alienación y anomia, presentan al precariado como compuesto por individuos ansiosos, individualistas y sin sentimiento de arraigo. Descripción que hace inexplicable los alzamientos o protestas e incluso la existencia de movimientos ya sean de izquierda como de ultraderecha.

Las protestas que hemos y estamos presenciando desde 2011, son según el libro, manifestaciones del precariado, de su malestar y del rechazo hacia situaciones que aumentan sus inseguridades para labrar un futuro. Entonces, ¿el precariado tiene o no tiene senti-

miento de grupo? Tal vez, hubiera sido mejor si Standing hubiera optado por un título más certero y una posición menos ambiciosa como, por ejemplo, «El precariado: la pérdida de garantías y el incremento de la desconfianza», hubiera servido para alertarnos del incremento del miedo y el odio que genera la inseguridad sobre los ingresos. De este modo, con un título más austero, el contenido de la obra no hubiera tenido que justificar la creación de una nueva clase social, y se hubiera centrado en un aspecto genuinamente relevante: alertar de que hacia el precariado nos dirigimos todos. Desde la élite, hasta la clase trabajadora, pasando por los asalariados. En España, eso lo sabemos bien, porque aunque la élite no cumpla las penas que debería, tampoco gobiernan los que creen que gobiernan.

La solución, según Standing, quien es cofundador y copresidente de la organización Basic Income Earth Network (BIEN), es una renta mínima para todos. Dicha renta permitiría a las personas pensar más allá del "velo de la ignorancia" (que por cierto no cita que la expresión provenga del filosofo John Rawls), porque no habría necesidad de preocuparse por un sustento mínimo. Aunque he de confesar que la propuesta de una renta mínima como liberadora y emancipadora me atrae e incluso apasiona, una vez más reduciría el enfoque de la misma y diría que si bien es una solución al problema es insuficiente por sí sola. Tal y como Standing afirma, el neoliberalismo es como el neo-Darwinismo «sobreviven los más adaptados"» (p. 132). Para cambiar estas condiciones de la lotería de la vida, lo que nuestros sistemas necesitan va más allá de un reparto monetario, y pasa por un cambio estructural. El hecho de garantizar, digamos 500 euros al mes a todos los ciudadanos, no cambia la situación de desventaja social si se mantienen políticas de recortes y privatización hacia servicios básicos como la educación y salud. La verdadera transformación viene del cambio conceptual y teórico que sustentan las políticas actuales. Pasa por cambiar una sociedad neoliberal enfocada al crecimiento económico, por una sociedad enfocada a la vida. Una sociedad que permita, retomando el concepto de futuro pero esta vez desde los escritos de Amartya Sen (1999), proveer de oportunidades genuinas a cada persona para que desarrolle una vida válida para ella, y para los demás.

Aurora Fogues
Universidad de Nottinghan

EL PROYECTO LOCAL. HACIA UNA CONCIENCIA DEL LUGAR

Alberto Magnaghi

Editorial Universitat Politécnica de Catalunya, 2011

307 págs.

De forma provocadora el psicólogo social Kurt Lewin solía afirmar que «no hay nada más práctico que una buena teoría». En el contexto de crisis (ecológica, energética, financiera…) y de incertidumbre generalizada en que vivimos, necesitamos de teorías que nos ayuden a reflexionar, a pensar sobre lo pensado. El presente texto de Alberto Magnaghi es un espléndido análisis sobre cómo reintroducir un debate integral sobre la cuestión urbana y el planeamiento territorial en clave de sostenibilidad y equidad social.

Esta obra sigue la estela de los grandes clásicos del pensamiento urbano (Reclus, Geddes, Mumford, Howard…) preocupados por las dinámicas insostenibles y antisociales de la ciudad industrial, y reactualiza sus indagaciones para abordar las problemáticas del presente derivadas de los procesos de *desterritorialización*, impulsados por una creciente desvinculación entre la organización del espacio y las particularidades del territorio. Así se quiebra la coevolución que históricamente han seguido los asentamientos humanos y su entorno (arquitecturas vernáculas, identidad, paisajes reconocibles,

formas de producción, saberes territoriales…), por el predominio de la función económica a la hora de planificar el territorio y adaptarlo para que sea funcional a las dinámicas de producción, acumulación y consumo.

Estas dinámicas urbanas se han intensificado en las últimas décadas, provocando la pérdida de la calidad de vida en las ciudades y acentuado la erosión del valor relacional del espacio público. Esta merma del protagonismo de los espacios públicos coincide con una progresiva pérdida de influencia de las comunidades locales en los debates y decisiones de la esfera pública. ¿Cómo revertir estos procesos? ¿Cómo recuperar la centralidad del territorio y de las comunidades en la puesta en marcha de estrategias de *desarrollo local autosustentable*? ¿Cómo sería imaginar una *globalización desde abajo* pilotada por *redes solidarias y no jerárquicas de municipios?*

Magnaghi plantea la necesidad de recuperar un enfoque territorialista para poder articular una transición en la que resulten compatibles la sostenibilidad económica, ambiental y social. Un planteamiento integral, de la ciudad y su entorno como un todo, vertebrado por la noción de reterritorialización. «La reterritorialización comienza con la restitución del territorio de su propia dimensión de sujeto vivo de alta complejidad, a través de una larga fase de mejora, que no tiene ya el objetivo de crear nuevas zonas cultivables o construir nuevas vías de comunicación recuperando terrenos húmedos, sino que asume una tarea totalmente nueva: la obligación de cuidar y reconstruir sistemas ambientales y territoriales devastados y contaminados por la presencia humana […]. Este proceso no puede darse de forma tecnocrática, requiere por el contrario nuevas formas de protagonismo de las comunidades, porque rehabilitar y rehabitar los lugares significa nuevamente que el territorio sea cuidado cotidianamente por quienes lo habitan, adquiriendo nuevos conocimientos ambientales, técnicos y de gobierno».

El texto tiene la virtud de proyectar las claves de una nueva forma de habitar y gestionar el territorio inspirada en las prácticas de los movimientos sociales, de las redes de economía alternativa y solidaria, así como de las instituciones que están realizando las principales innovaciones en las formas de gestión municipal. Estas experiencias concretas, limitadas pero tangibles, sirven para delinear las dinámicas económicas, sociales e institucionales de lo que sería una nueva cultura del territorio. Una apuesta abierta e inconclusa que incorpora premeditadamente una pizca de utopismo, de forma que se combinen el valor ejemplarizante de las referencias que se presentan, con el carácter estimulante, sugerente y evocador del modelo de sociedad alternativa esbozado.

Las reflexiones clave que se apuntan en el libro hacen referencia a la necesidad de construir sociedad local, recreando las relaciones virtuosas entre asentamientos humanos y entorno. Transitar de la reivindicación a la *autopromoción urbana* mediante la puesta en marcha de forma directa de iniciativas y servicios comunitarios, educativos, productivos… Magnaghi gusta de usar de forma reiterada la metáfora del *Lilliput* de *Los Viajes de Gulliver*, para ilustrar cómo muchas pequeñas experiencias coordinadas pueden enfrentar el desafío compartido de una globalización con vocación suicida.

Ideas que se concretan en la reinterpretación de los valores del territorio para producir riqueza y procesos productivos de larga duración, como elemento fundamental. Lo que supone aproximar las condiciones de habitante y productor, así como poner en valor la actividad agraria y su multifuncionalidad desde una perspectiva orientada hacia la soberanía alimentaria y la agroecología, como motor de un nuevo tejido productivo.

Además se apunta el tránsito de una conciencia de clase, que permitió enfrentar la explotación durante el fordismo, hacia una *conciencia de lugar* que permita comprender el territorio como espacio de encuentro de una pluralidad de sujetos de cambio precarizados, fragmentados y dispersados geográfica y políticamente por el posfordismo. Un encuentro que posibilite

la activación del patrimonio colectivo territorial (agroforestal, espacio abierto, construido e inmaterial) como fórmula para garantizar la reproducción biológica y social de la propia comunidad.

Asumir este enfoque permite el salto de las iniciativas de participación restringida hacia el autogobierno. Este *nuevo municipio* puede ser el laboratorio donde las democracias participativas se profundicen y extiendan, experimentando la construcción de consensos y escenarios de futuro compartidos mediante pactos de cooperación y fórmulas de negociación entre realidades eminentemente conflictivas. Un municipalismo que persiga una búsqueda activa de autonomía local, que le permita desconectarse de las lógicas globales que determinan desde fuera los usos y prácticas que se dan sobre su territorio y sus recursos. Lo que posibilita revertir las privatizaciones y ensayar la reactualización de los modelos de gestión de los bienes comunes considerados estratégicos (energía, agua, tierras productivas y forestales, información…) por parte de las comunidades locales.

Un proyecto local que debería de replicarse hasta conseguir articular redes de ciudades inspiradas en el *federalismo municipal solidario*, como forma de contrapeso a las tendencias del centralismo estatalista que ha impregnado buena parte de la cultura política precedente. Existe un crisol de redes de ciudades articuladas a distintos niveles (regional, estatal europeo…) y organizadas temáticamente, que nos ayudan a imaginar los posibles desarrollos de esta idea: ciudades educadoras, ciudades de los niños, ciudades por los presupuestos participativos o de género, ciudades *slow*… .

El proyecto local supone un consistente paraguas teórico bajo el cual se pueden agrupar y dotar de una coherencia compartida muchas de las reflexiones que se vienen realizando sobre el papel de lo local en las dinámicas de transformación social. Los discursos sobre el decrecimiento, la economía solidaria, las democracias participativas, las identidades colectivas y el urbanismo/territorio dialogan entre sus páginas de forma natural, perfilando una propuesta sumamente convincente.

Desde una mirada crítica y partiendo de que es una obra de lectura imprescindible, el texto adolece en algunos pasajes de un lenguaje muy sociológico que por momentos puede hacer cansada su lectura, así como algunas reiteraciones y carencias, como la invisibilidad de la dimensión de género. También conviene destacar cómo a pesar de de ser un libro plenamente inspirado en las prácticas, la presencia de ejemplos ilustrativos es algo residual, que en muchos casos remite a los pies de página o queda delimitado a algún capitulo donde se concentra en la realidad italiana.

Aunque puestos a quejarnos, la mayor pega es haber tenido que esperar algo más de una década después de su publicación en Italia para poder leerlo en castellano. El consuelo que nos ofrece la presente edición es la de brindarnos una versión actualizada, coeditada por siete universidades iberoamericanas, a la que se suma una interesante contextualizacion de los aportes del libro a las distintas realidades geográficas.

José Luis Fernández Casadevante
Miembro de Garúa S. Coop. Mad.

PLANETA INDIGNADO. OCUPANDO EL FUTURO

Josep Maria Antentas y Esther Vivas
Madrid, 2012
216 págs.

¡OCUPEMOS EL MUNDO! OCCUPY THE WORLD!

Joseba Fernández, Carlos Sevilla y Miguel Urbán (eds.)
Barcelona, 2012
Icaria
208 págs.

Han pasado dos años desde el estallido de la *primavera árabe* –en enero de 2011–, y de los posteriores movimientos 15 M en España y Occupy en Europa y EE UU. La movilización en la calle ha persistido pero el protagonismo ha pasado de las asambleas a los sectores afectados por los recortes y las privatizaciones representados por las distintas "mareas". Y a escala menor en términos de presencia en las calles, pero no en términos del impacto real y mediático, las movilizaciones contra los desahucios o afectados por las preferentes.

No cabe duda que los acontecimientos y dinámicas cuya interpretación abordan los dos libros que aquí se reseñan abrieron un nuevo escenario para el ejercicio de la política, un nuevo "estilo", si se quiere. Si bien, como en todo proceso social, en constante transformación, conviven lo "viejo" y lo "nuevo" y el final permanece abierto.

Han sido muchos los libros publicados al calor del movimiento de indignación y pudiera parecer que existe un riesgo de pérdida de actualidad cuando se trata de abordar un fenómeno social de estas características. Sin embargo, ambos libros escapan a ese peligro puesto que no son ni meras descripciones coyunturales, ni panegíricos más fundados en los deseos de los autores que en una realidad sopesada, sino que son interpretaciones de largo recorrido. Su lectura sigue ofreciendo claves para interpretar aquellos acontecimientos, y aún más importante, para reflexionar sobre los procesos abiertos desde entonces, sus interrogantes y sus perspectivas de futuro, con toda la complejidad y multiplicidad de aristas que ofrece todo proceso social. Si uno tiene la virtud de tener una dimensión internacional y albergar diversos enfoques; el otro tiene la de profundizar en las causas y caracterización de la indignación, y en las perspectivas de futuro. Sus autores son personas expertas y activistas de los movimientos sociales.

Los editores de *¡Ocupemos el mundo!* declaran en el prólogo que no pretenden ofrecer un relato definitivo del movimiento, sino interrogarse sobre él, asumir sus fallas, descubrir sus impotencias. La serie de textos que lo integran transitan desde Barcelona, Madrid, Atenas, Túnez, El Cairo, Lisboa, Islandia, Londres, Moscú o Tel Aviv y sus autores reflexionan sobre las razones políticas, económicas y materiales que explican el ciclo de luchas a nivel global, insertas en la crisis de legitimidad del actual sistema político y económico, y por tanto en la apertura de un ya elocuente dilema: capitalismo o democracia.

En *Planeta indignado* sus autores indagan en la coyuntura de «racionalización irracional de un sistema irracional» como caracteriza David Harvey la actual crisis, en la que el capital lejos de solucionar sus desequilibrios estructurales se limita a desplazarlos de ámbito, para ahondar en esa misma contradicción histórica entre capitalismo y democracia. La reflexión gira en torno a cuatro ejes de articulación de la indignación: el internacionalismo, la deuda ilegítima, el feminismo y la crisis ecológica.

Es tan falsa como innecesaria la búsqueda de similitudes entre contextos dispares, aun siendo cierto que la actual fase del capitalismo genera dinámicas similares en todo el mundo. Bajo esa mirada se recorren en *¡Ocupemos el mundo!* las distintas realidades con sus particularidades. Sin embargo, la virtud del libro reside sobre todo, en la primera parte, en la que se

desgranan desde diferentes perspectivas las fundamentales tendencias, posicionamientos y prácticas políticas del propio movimiento de indignación. Surge así –a través de la lectura entrelazada de estos capítulos– un diálogo necesario, que no debería desde luego darse por concluido. Y que, por otra parte, lejos de ser nuevo, forma parte del pensamiento político de eso que entendemos como la izquierda con propuestas de signo más marxista o autonomista-libertario.

La diferencia de puntos de partida que abordan algunos de los textos quedaría reflejada en la cita de Rosa Luxemburgo: «el movimiento, como tal, sin relación con el objetivo final, el movimiento como objetivo en sí mismo, es nada» (p. 42). Es decir, si la finalidad es la consecución de un fin –total o parcial– o el proceso en sí mismo. A partir de ahí, el debate se extiende a cuestiones clave como si las experiencias parciales están capacitadas para ganar terreno a la dominación del capital sin afrontar la cuestión del Estado, y correr así el riesgo de convertirse en una suerte de comunidades de élite [p. 44], que perderán su poder emancipador si no se detienen a pensar cómo se regulan las relaciones sociales desde las distintas arenas institucionales. Del lado de las prácticas políticas, se establece el debate sobre si la búsqueda permanente del consenso no acaba alimentando la ilusión de una homogeneidad imposible, a la vez que con ello borrara injustamente el modo en que quedan representados los distintos intereses de clase, raza y género en una posición o decisión política concreta.

Otro de los aspectos que se debaten en este libro, y en la misma línea, es la oportunidad o no de insertar la práctica política en marcos de referencia organizativa "clásicos" o en nuevas formas de organización más centradas en el propio procedimiento, derivado del proceso de construcción de la democracia directa, que en el debate político (p. 112). Formas que han predominado como elemento común que atraviesa a varias de las experiencias. Como las que se producen desde las redes sociales y que culminarían en la masiva convocatoria del 15 O, en la que se produjo una mezcla de gran plan, de narrativa lineal y de gran improvisación en una suerte de caos creativo (p. 90).

Uno de los elementos más interesantes planteados, no solo a efectos de poder interpretar lo pasado, sino a afectos de pensar el futuro es el hecho de que la ciudadanía se haya sentido masivamente apelada sin que existieran estructuras de referencia sólidas, movida por una suerte de lenguaje común en un momento de creciente crisis de legitimidad y de desafección ciudadana hacia las estructuras clásicas de organización. Y, en ese sentido, en el libro se dan algunas claves muy interesantes: los procesos de fragmentación del mundo laboral en los últimos lustros han tenido como resultado formas de cooperación y organización que provienen de subjetividades emergentes lejos del marco que ofrecen las estructuras organizativas tradicionales de la izquierda (p. 57). Se ha construido un nuevo horizonte de organización social y política combinando formas presenciales y telemáticas que evitan la asfixia y aseguran la información, la comunicación, la participación y la inteligencia colectiva.

Josep Maria Antentas y Esther Vivas centran en cambio su reflexión en *Planeta indignado* en cuatro ejes en torno a los cuales se podría llegar a articular un ciclo de luchas: la dimensión internacionalista, la deuda-recortes, el feminismo y la crisis ecológica, que implique «partiendo de una determinada visión del mundo y de un sólido conocimiento del pasado, dejarse interrogar por lo nuevo y por el futuro que germina en el presente, con la voluntad de reactualizar en permanencia, a modo de *work in progress* estratégico, los fundamentos de una estrategia y una política revolucionaria que echa sus raíces en los dos siglos de luchas emancipatorias que tenemos a cuestas» (p. 171).

Con respecto a la deuda ilegítima, se propone articular la lucha en torno a la exigencia de su no pago, bajo el argumento de que es utilizada como excusa por parte de acreedores y gobiernos e instituciones para la aplicación de las polí-

ticas de ajuste. En palabras de E. Toussaint: «El reembolso de la deuda pública constituye el pretexto para imponer la austeridad y al mismo tiempo un potente mecanismo de transferencia de ingresos de los de abajo hacia los de arriba (del 99% en beneficio del 1%)» (p. 127). Estaríamos así ante la dicotomía de deudocracia *versus* democracia que exigiría el control de las prácticas del Estado y de su deuda. Iniciativas como la Auditoría Ciudadana de la Deuda estarían encaminadas en esta dirección.

Por otra parte, el libro defiende la urgencia de una interpretación de la crisis en clave feminista que visualice el impacto del desempleo masculino en las familias, las condiciones reales de las mujeres en el mercado laboral, los efectos del trabajo reproductivo no remunerado en la ocupación femenina, las consecuencias específicas de las políticas de ajuste, etc. Mientras, permanece vigente el proceso inconcluso de que el movimiento feminista alcance visibilidad específica e impregne al conjunto de las luchas sociales en ascenso de la perspectiva de género (p. 143).

Con respecto a la crisis ecológica queda abierto el reto de articular un movimiento internacional, de amplia base social y que incluya al sindicalismo, contra el cambio climático ligado al movimiento global indignado que señale cómo anticapitalismo y justicia climática son dos combates que tienen que ir estrechamente unidos.

Por último, sus autores parten del diagnóstico de que la combinación entre la magnitud de la crisis y las brutales políticas de ajuste, unidas a una crisis de los grandes partidos y sindicatos de izquierda que se muestran incapaces de presentar una alternativa reformista coherente empujarán a la radicalización social (p. 175) que reclamará que se plantee con claridad otra agenda que rompa con el paradigma neoliberal desde una lógica anticapitalista. Para ello, y sobre la base de una generalizada mercantilización de la sociedad cabe unificar las resistencias, siempre desde la comprensión de la pluralidad de lo social (no como apología de la fragmentación). Queda así abierto el reto también clásico de articular los intereses colectivos desde la comprensión de la pluralidad social y de las contradicciones que atraviesan la sociedad capitalista, teniendo siempre en cuenta que el cambio social, más allá de las minorías activas, vendrá de la mano de la acción colectiva de la mayoría de la población, sin menosprecio de la disputa del terreno electoral. Por último, si bien la situación actual es sumamente difícil, ofrece la paradoja de que, en opinión de los autores, si por el momento, la correlación de fuerzas es totalmente favorable al capital, las bases de su hegemonía están empezando a fracturarse. Si bien, tenemos que estar alerta de la emergencia de la "indignación reaccionaria" (populismos de derechas, fundamentalismos religiosos y xenofobia) que avanza entre las clases populares y medias.

Entre tanto, los datos de la última EPA, en enero de 2013, presentan un escenario sombrío con una tasa de paro del 26,02%; el 55 % de paro juvenil y el 36,5% de paro de la población inmigrante. El total de familias en las que ninguno de sus miembros puede trabajar asciende a 1.833.700 personas. Según Delegación del Gobierno, en 2012 se convocaron 3.419 manifestaciones. Desde mayo de 2011, se han puesto en conocimiento de la Comisión Legal de Sol unas 300 "multas" como método de sanción a los ciudadanos que ejercen su derecho legítimo a llevar a la calle sus reivindicaciones políticas, sociales y económicas. Cabe pensar que crezca la conflictividad social, pero aún parece lejana la posibilidad de que se imponga una reorganización social. La lectora o el lector interesado o preocupado por la realidad social y las formas de contestación encontrará en la lectura de ambos libros claves para repensar nuestro contexto con proyección de futuro.

Olga Abasolo
Fuhem Ecosocial